

L@s del polo rojo



Tania
Gallego



Cristina Pascual muestra un erizo durante
el taller *Reino Animal*/ Jairo Ortega

Martes, 09.45 de la mañana, todo el personal se prepara para la apertura del museo. En las salas, los auxiliares van encendiendo las luces y en el vestíbulo, tanto en taquilla como en información, cada uno ocupa su puesto. Los compañeros de seguridad nos sacan ventaja, ellos llevan desde las 8.00 dando los buenos días a cuantos entramos a trabajar. Últimos retoques del equipo de limpieza, todo ha de estar dispuesto para comenzar la jornada. En medio de la aparente calma estamos las educadoras y educadores a quienes muchos conocen como 'los del polo rojo'

El inicio del día para los educadores del museo comienza corriendo de un lado a otro, empujando carros, trasladando cajas, colocando barreras delimitadoras, acotando espacios. Nuestros materiales, que muchas veces son la pieza estrella de las actividades, deben estar estratégicamente colocados para poder sorprender a nuestro público. Se trata de elementos didácticos que

“Para muchas personas, somos la imagen del museo, una gran responsabilidad con la que estamos muy comprometidos y por la que trabajamos día a día”

usamos como recursos complementarios a los maravillosos ejemplares que nutren las exposiciones del museo.

¡Quedan cinco minutos! Escuchamos barullo fuera, junto a las escaleras de entrada. Son ellos, los alumnos y alumnas de los diferentes colegios e institutos que están llegando. Están nerviosos, es un día diferente en su rutina escolar porque pierden algunas clases (algo muy celebrado por los más mayores) y para muchos es la primera vez que vienen al museo. Los profesores entran a informarse y a formalizar la entrada. En la tienda, los expositores se llenan de productos y libros que Carmen, Américo y Tere se esmeran en colocar.

Son las 10.00. La paz se rompe. El acceso de los grupos convierte el hall de entrada en un lugar casi intransitable, así que hay que poner orden, recordándoles las normas: no gritar, no tocar, no salirse de la fila, no correr... Consuelo, la coordinadora del equipo, organiza a cada grupo con el educador que desarrollará la actividad elegida. A pesar de los niños que se pierden o las visitas al baño de última hora, procedemos a despejar el vestíbulo para que otros grupos puedan entrar.



Tania Gallego explicando cómo viven las personas que habitan el Amazonas

/ Alfonso Nombela



En ocasiones el pasillo se colapsa porque son muchos niños y niñas juntos (una media de veinticinco por clase), que se contagian mutuamente la emoción que expresan con el volumen propio

“En menos de 60 minutos debemos lograr algunos objetivos con los grupos: captar su atención, motivarlos, despertar su curiosidad, hablarles de ciencia con rigor, fomentar su capacidad crítica...”



De izquierda a derecha: Mar Jabardo les cuenta a los niños diferencias entre los esqueletos de algunos vertebrados. Daniel Amigo conecta los cables del escarabajo robot que pueden fabricar en el taller-laboratorio *Beetle Bot* y María José Suárez en una visita a la exposición temporal *Océanos* / Jairo Ortega

de niños que ven por primera vez semejantes maravillas: “¡un lobo!, ¡un águila!, ¡una ballena!”. A veces cuesta avanzar pero su entusiasmo es revelador ya que nos ayuda a prever el grado de intensidad de cada grupo.

Tenemos por delante algo menos de sesenta minutos para estar con ellos, el tiempo que resta para recibir al siguiente grupo. Debemos conseguir que se relajen para lograr alguno de nuestros objetivos: captar su atención, desarrollar la actividad completa en el tiempo establecido, motivarlos, entusiasmarles, despertar su curiosidad, hablarles de ciencia con rigor, fomentar su

capacidad crítica, que nos sientan cercanos, comunicativos... Cuando termine el taller sabremos si lo hemos logrado gracias a la honestidad que tienen sobre todo los más pequeños para expresar su satisfacción o desinterés. La mayoría de las veces terminan deseando volver al museo con sus padres. También los profesores y profesoras nos trasladarán sus sensaciones. Es muy reconfortante comprobar cómo, la mayor parte de los días, profesionales de la educación formal valoran y reconocen nuestro trabajo con sus alumnos. Son palabras que, aunque no quedan registradas en ningún lugar, refuerzan nuestra

confianza y nos confirman cada día que merece la pena lo que hacemos.

Les contaríamos muchas cosas más, pero se acaba el tiempo. Qué rápido pasa. Nos toca cambiar de grupo, de actividad, edad de los protagonistas... Es la incertidumbre a la que nos enfrentamos cada vez que iniciamos una dinámica. Tenemos que cambiar el chip y comenzar de nuevo el mismo proceso: apaciguar, controlar su emoción, alcanzar objetivos, establecer nuevos retos... Una vez más, tenemos que estar dispuestos a dar el cien por cien y a confiar en que las condiciones que nos rodean nos sean favorables.



Una noche en el Museo / Alfonso Nombela

Nos acercamos al inicio de la hora punta de la mañana, las 11.00. Estamos en la franja horaria de mayor concentración de visitantes y nos brota ese instinto para elegir los lugares estratégicos de cada sala. Uno de los inconvenientes que encontramos al trabajar tan expuestos y en espacios abiertos son los grupos de visitantes sin guía, que se mueven por la sala dificultando, a veces, el trabajo del resto de personas que nos encontramos allí. Por este motivo, el trabajo en equipo con los auxiliares de sala es fundamental.

A partir de la una de la tarde el museo va volviendo a su calma inicial. Los grupos escolares deben regresar antes de la hora de comer a sus centros. Los autocares los esperan en la calle y los profesores no quieren retrasarse. Recuperamos el ritmo cardiaco, lo hemos dado todo du-

“Nuestro trabajo es vocacional. Nos motiva sobremanera el entusiasmo de niños y adultos, enseñarles las piezas de las exposiciones, involucrarlos en nuestras actividades”

“Diferenciamos a los visitantes escolares, que acuden en grupo con su centro educativo de martes a viernes, de los visitantes que vienen en familia los fines de semana y días festivos”

Noelia Fernández trabajando con familias durante la actividad *Investiga con tu hijo!* Jairo Ortega



rante varias horas seguidas y alguno de nosotros siempre recuerda que no ha tenido tiempo ni de ir al baño. Durante el trabajo en sala, concentramos en pocas horas una actividad frenética de mucha intensidad ¿Acostumbrados? Sí. Pero exhaustos al final de la jornada, también.

Al final de la mañana, nos juntamos para comentar el día, pues siempre hay varias anécdotas que requieren su minuto de atención. Después cada uno revisa el estado de los materiales utilizados y prepara los que empleará al día siguiente.

Otro trabajo imprescindible es repasar los carteles de la sala, de las piezas, pues debemos revisar nuestras explicaciones para incorporar los nuevos ejemplares que se introducen en las exposiciones, preguntas del público desconocidas, etc. Para hacer bien nuestro trabajo, debemos dedicar tiempo a documentarnos, horas que le robamos





Luis Barrera en el taller *Los Anfibios: animales en peligro* / Jairo Ortega

a nuestra vida personal pero que marcan la diferencia entre un buen educador o una simple audioguía. Tenemos que estar enterados de los últimos hallazgos en paleoantropología, por ejemplo, o de las noticias más actuales del mundo natural. El público nos pregunta como si tuviéramos la respuesta de todo, por eso tratamos de integrar datos que hayan sido publicados recientemente en los que basar nuestras respuestas.

Entre semana las tardes en el museo resultan bastante más tranquilas, pero todo cambia al llegar el viernes. Tras la jornada matinal nos quedan unas pocas horas para ir a casa antes de regresar al museo, aunque hay compañeros que enlazan la mañana con la tarde y la noche sin salir del museo. Los viernes nos recuerdan que el fin de semana ya está aquí y, a diferencia de otros trabajadores, nosotros lo afrontamos con un profundo y largo suspiro. La actividad de la **Noche**

en el Museo la desarrollamos de octubre a junio en cada edificio, con un máximo de 60 niños y niñas que vienen a dormir al museo junto a los profesores o sus familias. A las 8.00 de la tarde comienza y a las 12.00 de la noche finaliza, menos para uno de nosotros que debe quedarse a pernoctar por si surgiera algún imprevisto. El equipo de educadores vive la noche como uno más, así que dormimos también en las salas del museo, en alguna esquina aislada de las corrientes de aire.

Con todo, el horario de trabajo resulta flexible y extenso, y en días como los viernes, aún más intenso de lo habitual. El fin de semana, desde las 10.00 de la mañana del sábado a las 8 de la tarde del domingo, lo constituyen una secuencia de talleres, visitas, cumpleaños, etcétera, con un

público familiar en ocasiones impaciente. Así que, cuando llega el lunes, nuestro día de descanso nos sabe a poco.

A menudo nos preguntan si nuestro trabajo es vocacional, ¡por supuesto! no podría ser de otra forma. Nos motiva sobremanera el entusiasmo de niños y adultos, enseñarles las piezas de las exposiciones, involucrarlos en nuestras actividades. El equipo habitual lo constituimos diez personas: cinco biólogos, tres pedagogas y dos geólogas. Aquí las mujeres estamos en mayoría. Nos complementamos y asesoramos unos a otros cuando trabajamos actividades diferentes a nuestra formación. Como cuando recibimos grupos de necesidades educativas especiales donde las pedagogas conocen metodologías más adecuadas. Por

“Para hacer bien nuestro trabajo, debemos dedicar tiempo personal a documentarnos, estar enterados de los últimos hallazgos o de las noticias más actuales del mundo natural”



Elena Gazo en el circuito infantil *Muévete como un animal* / Jairo Ortega



muchos conocimientos en ciencias que tengamos, ponerse delante de un público con distintos grados de entusiasmo, no es fácil. Como en todo, se requiere una experiencia, que cada uno cultiva de manera personal (másteres, cursos), y un entrenamiento físico, pues es necesario comunicar no sólo con la palabra, si no ayudándonos de los gestos y la modulación de la voz. La combinación de todas estas aptitudes es un recurso importantísimo en este trabajo y aprender a desenvolverse en cada una de ellas es fundamental para realizar con éxito nuestra profesión.

“El equipo habitual lo constituimos diez personas: cinco biólogos, tres pedagogas y dos geólogos. Nos complementamos y asesoramos mutuamente cuando trabajamos actividades diferentes a nuestra formación”



Gema Porta, en el Aula Circular de MNCN, un espacio destinado a talleres educativos/ Alfonso Nombela

El perfil de quienes trabajamos en el museo se cimienta además en una buena dosis de esfuerzo, creatividad y perseverancia. De hecho, de forma habitual debemos manejar situaciones en las que la paciencia se convierte en una herramienta indispensable para llevar a cabo nuestra labor de forma satisfactoria para todos.

A comienzos de los años 90, el Departamento de Programas Públicos inició su andadura y actualmente, bajo la dirección de Pilar López García-Gallo, se ofertan más de cincuenta actividades diferentes que pueden verse en la [Guía de Actividades Educativas](#) y en la [web del museo](#).

Diferenciamos a los visitantes escolares, que acuden en grupo con su centro educativo de martes a viernes, de los visitantes que vienen en familia en fines de semana y días festivos. Para ellos y, abarcando edades desde los tres años, trabajamos de forma específica: cuenta cuentos, talleres, recorridos interactivos, visitas dinamizadas y temáticas, visitas guiadas, talleres laboratorio, circuitos infantiles, programas de cumpleaños, campamentos urbanos de verano, actividades nocturnas, etc.

En definitiva, tenemos un amplio abanico de posibilidades para dar a conocer no solo el museo y sus exposiciones, sino también la labor científica tanto de sus investigadores como de sus conservadores. Nos convertimos de esta manera en la imagen del museo, lo que nos reporta una gran responsabilidad con la que estamos muy comprometidos y por la que trabajamos día a día ■

